

I

El singular destino del jefe de estación austríaco Adam Fallmerayer merece sin duda alguna ser registrado por escrito y conservado en la memoria. Perdió de un modo asombroso su vida, que, dicho sea de paso, jamás habría sido brillante, y tal vez tampoco de una felicidad duradera. Hasta donde los hombres pueden llegar a saber unos de otros, habría sido imposible augurar a Fallmerayer un hado extraordinario. Aun así, le alcanzó, le agarró, y él mismo pareció entregarse a éste con cierto placer.

Era jefe de estación desde 1908. Poco después de haberse incorporado a su puesto en la estación de L. de los ferrocarriles del sur, a una distancia de apenas dos horas de Viena, se casó con la hija de un consejero de cancillería de Brno, una mujer honrada, un poco corta de luces y ya no muy joven. Se trataba de un «matrimonio por amor», como se decía en aquella época, en la que los llamados «matrimonios de conveniencia» eran aún una práctica acostumbrada. Los padres de él habían muerto. En cualquier caso, Fall-

merayer obedeció, al casarse, un impulso muy moderado de su comedido corazón, en absoluto un dictado de la razón. Tuvo dos hijas, gemelas. Había esperado tener un hijo. Es lógico, de acuerdo con su carácter, que quisiera tener un hijo y que considerara la llegada simultánea de dos niñas como una desagradable sorpresa, cuando no una maldad divina. Pero como tenía la vida asegurada desde el punto de vista material y derecho a una pensión, se acostumbró, cuando apenas habían transcurrido tres meses desde aquel nacimiento, a la generosidad de la naturaleza, y empezó a querer a sus hijas. A querer, es decir, a cuidarlas con el esmero burgués con el que acostumbra hacerlo un padre y un empleado de bien.

Un día de marzo del año 1914, Adam Fallmerayer se encontraba sentado, como de costumbre, en su despacho. El aparato del telégrafo tableteaba sin cesar. Y afuera llovía. Se trataba de una lluvia prematura. Una semana antes aún habían tenido que quitar la nieve de los raíles a paladas, y los trenes habían llegado y partido con alarmante retraso. Una noche de pronto empezó la lluvia. La nieve desapareció y, frente a la pequeña estación donde el esplendor inalcanza-

ble y deslumbrante de la nieve de los Alpes parecía prometer el eterno dominio del invierno, flotaba desde hacía unos días un vaho indescripible, inefable. Nubes, cielo, lluvia y montañas, todo en uno.

Llovía, y el aire era templado. El jefe de estación Fallmerayer nunca había presenciado una llegada tan temprana de la primavera. Los trenes expreso que se dirigían hacia el sur, a Merano, a Trieste, a Italia, no paraban jamás en su minúscula estación. Pasaban a una velocidad desenfrenada por delante de Fallmerayer, quien, dos veces al día, saludando con su resplandeciente gorra de color rojo, se apostaba en el andén. Casi degradaban al jefe de estación a la categoría de guardavías. Los semblantes de los pasajeros en las amplias ventanillas se desvanecían en una papilla de color blanco grisáceo. El jefe de estación Fallmerayer jamás había podido ver el rostro de un pasajero de viaje hacia el sur. Y el sur era para el jefe de estación algo más que simplemente una indicación geográfica. El sur era el mar, un mar hecho de sol, libertad y dicha.

Entre los derechos de un alto empleado de los ferrocarriles del sur se encontraba sin duda el de poder disfrutar de un billete gratuito para to-

da la familia durante la época de las vacaciones. Cuando las gemelas cumplieron los tres años de edad, hicieron todos un viaje a Bolzano. Fueron en el tren de pasajeros durante una hora hasta la estación en la que paraban los arrogantes trenes expreso, subieron, se apearon, y aun así todavía no estaban en el sur. Las vacaciones duraron cuatro semanas. Vieron a gente rica de todo el mundo, y era como si justo aquellos a los que uno veía fueran también, casualmente, los más ricos. Aquella gente no tenía vacaciones. Toda su vida consistía en unas largas vacaciones. Por lo que se observaba—hasta donde alcanzaba la vista—la gente más rica del mundo tampoco tenía gemelos, menos aún gemelas. Y, sobre todo, la gente rica era la que traía el sur al sur. Un empleado de los ferrocarriles del sur vivía permanentemente en el norte.

De modo que regresaron y él volvió al servicio. El aparato de Morse tableteaba sin cesar. Y la lluvia caía.

Fallmerayer levantó la vista de su escritorio. Eran las cinco de la tarde. Aunque el sol no se había puesto aún, ya estaba oscureciendo. Era por la

lluvia. Sobre el saledizo de cristal del tejado que protegía el andén, la lluvia tamborileaba sin cesar, tal y como solía hacer el aparato del telégrafo. Se trataba de un agradable e incesante diálogo entre la técnica y la naturaleza. Los grandes sillares de color azulado bajo el tejado de cristal del andén estaban secos. Sin embargo, a pesar de la oscuridad, los raíles y los minúsculos guijarros en el espacio que había entre cada dos raíles brillaban en el húmedo embrujo de la lluvia.

A pesar de que el jefe de estación Fallmerayer no tenía un carácter propenso a fantasear, le pareció que aquél era un día marcado por el destino de una manera muy especial y, mientras miraba hacia fuera por la ventana, empezó a temblar de verdad. Dentro de treinta y seis minutos pasaría el tren rápido que iba a Merano. Dentro de treinta y seis minutos—así le pareció a Fallmerayer—la noche sería completa. Una noche terrible. Sobre su despacho, en el primer piso, las gemelas alborotaban como de costumbre. Oía sus pasos al trote, infantiles y aun así un tanto brutales. Abrió la ventana. Ya no hacía frío. La primavera llegaba arrastrándose por encima de las montañas. Se oía el silbido de los trenes que maniobraban, como cada día, y las voces de los

trabajadores ferroviarios, y el golpe sordo y tinnitineante de los vagones al acoplarse unos a otros. Sin embargo, las locomotoras aquel día emitían un silbido especial. Así le pareció a Fallmerayer. Era un hombre completamente corriente, y nada le resultaba más extraordinario que el hecho de que ese día creyera escuchar entre todos los ruidos de costumbre, en absoluto sorprendentes, la voz inquietante de un destino inusitado. Pero en efecto aquel día se produjo una trágica catástrofe, cuyas consecuencias habrían de modificar por completo la vida de Adam Fallmerayer.